

## El levantamiento de las barriadas tiene una historia

Abdellali Hajjat

El jueves 28 de octubre de 2005, en Clichy-sous-Bois (Seine-Saint-Denis), la muerte de Ziad Benna y de Bouna Traoré, jóvenes franceses hijos de obreros inmigrantes, ha provocado los disturbios en barrios populares más importantes (tanto geográfica como simbólicamente) de la historia de Francia. Su muerte, así como el ataque policial con gases a la mezquita Bilal de Clichy-sous-Bois, ha sido la chispa que ha hecho estallar el barril de pólvora acumulada desde hace dos decenios en las barriadas de las grandes ciudades francesas. Las violencias policiales no son desgraciadamente algo excepcional en estos barrios, habituados a los controles de identidad en serie, a las detenciones de la gente de color y los arrestos en comisarías en las que reina la impunidad (experiencias cotidianas que explican la huida de los dos jóvenes de Clichy-sous-Bois). Desde los primeros disturbios de Minguettes en Venissieux (Rhône) en 1981, las revueltas estaban siempre acantonadas en un barrio particular, el de la(s) víctima(s), pero los recientes acontecimientos muestran que es la primera vez de la historia de Francia que un atropello policial provoca tal llamarada de violencias urbanas. Las responsabilidades del Ministerio del Interior son coyunturales, pero las responsabilidades estructurales remiten a veinte años de gobierno, tanto de “izquierdas” como de derechas, que han llevado a la quiebra de las barriadas francesas.

Las causas de este furor popular son sociales y políticas, y no étnicas o religiosas. No se trata de una “falta de integración”, palabra que hoy ya no tiene ningún sentido, puesto que tiende a privilegiar el peligroso abanico de la explicación culturalista (si no se integran, es a causa de su “diferencia cultural”). Este levantamiento no ha podido desarrollarse más que en el nido de las desigualdades económicas, sociales, políticas y espaciales, engendradas por la crisis del capitalismo postindustrial y de las políticas públicas antisociales. En el “país de los derechos humanos”, en el que se hace alarde de la eficacia del “modelo francés de integración” (en oposición fáctica al modelo “comunitarista” estadounidense o británico), las barriadas populares están en vías de *guetización* (fenómeno simétrico a la *guetización* de las barriadas ricas, del que se habla menos...). Pero el fuego no habría tomado tal amplitud sin las provocaciones de Nicolas Sarkozy, ministro del Interior, que no duda en estigmatizar a los jóvenes habitantes con palabras o expresiones (“*chusma*” que hay que “*limpiar con karcher*” [*karcher es la máquina de agua a presión que se utiliza para limpiar las paredes de los edificios*]) que, si las hubiera pronunciado el dirigente del Frente Nacional, sería denunciado por llamamiento al odio y a la limpieza étnica. La actitud del ministro durante los acontecimientos de Clichy-sous-Bois está también en cuestión, puesto que ha pretendido, por una parte, que Ziad Benna y Bouna Traoré estaban implicados en un hurto y, por otra parte, que los gases lacrimógenos no habían sido lanzados por la policía, sino por los propios jóvenes; un “equipamiento” de la policía habría caído en manos de la “chusma” a la que se pretendía limpiar.

Pero Sarkozy no es el único en despreciar las barriadas populares. Cuando ciertos dirigentes de “izquierdas” utilizan los términos de “*sauvageons*” [*jóvenes salvajes*] o “*pequeños Le Pen de barriada*”, entran en la misma lógica de construcción de *clases peligrosas*.

## ¿Un desierto político?

Ciertamente las causas sociales y políticas de los disturbios han sido ampliamente evocados por los medios franceses (que, excepcionalmente, han evitado en su mayor parte la amalgama con la “amenaza integrista”, contrariamente a Sarkozy), pero algunos sociólogos y/o periodistas de izquierda han subrayado también el “vacío” o el “desierto” político de las barriadas populares, en las que viven una mayoría de los herederos(as) de la inmigración postcolonial, franceses o extranjeros. Afirman que Francia ha vivido “*jacqueries*” [*originalmente, nombre de las revueltas campesinas medievales; por extensión se aplica a cualquier alzamiento popular*], del tipo de las del siglo XIX, llevadas a cabo por el “*lumpen del subproletariado*”, “*sin conciencia de clase*”. Se sobrentiende: si existiera una fuerza política que organizara esta revuelta, todo su potencial subversivo se podría orientar en una lógica revolucionaria. No dudan, desde su posición confortable de periodistas y/o universitarios, en deplorar el “handicap” de los participantes en la revuelta que, contrariamente a los obreros conscientes de su pertenencia a la clase obrera, no entran finalmente en los marcos del pensamiento marxista.

Pero para explicar la ausencia de representación política, no analizan la incapacidad de la izquierda francesa para convertirse en un horizonte político probable para los habitantes de las barriadas populares; no analizan, en particular, el destino de los militantes inmigrados o provenientes de la inmigración postcolonial.

Los barrios populares franceses no son un “desierto político”; están en vías de desertificación, en los escombros del movimiento autónomo de la inmigración que, desde fines de los años 1960, tuvo que enfrentarse a obstáculos que hacían improbable su autonomización: represión, recuperación e instrumentalización fueron utilizadas para impedir esta dinámica. Sólo analizando la revuelta abortada de los inmigrantes y de sus hijos se puede comprender el vacío actual en los barrios populares. Del Movimiento de los Trabajadores Árabes (MTA, 1970-1976) al Movimiento de la Inmigración y de las Barriadas (MIB, creado en 1995), pasando por *Diversité* y las asociaciones musulmanas de izquierda (como la Unión de Jóvenes Musulmanes, UJM), han sido numerosas las tentativas de organizar políticamente la inmigración postcolonial en Francia.

## Represión

El militatismo inmigrante o proveniente de la inmigración se ha formulado mediante una serie de figuras políticas, que correspondían a las transformaciones económicas, políticas y urbanas de la sociedad francesa: el “condenado de la tierra” anticolonialista de antes de 1962, el “trabajador inmigrado”, el “sin papeles”, el “*beur*” [*joven nacido en Francia de padres de origen magrebí*], el “*muslim*”, etc. Contrariamente a las visiones miserabilistas transmitidas por ciertos sociólogos, el

levantamiento de las barriadas tiene una historia de más de veinte años de experiencias políticas.

No todas las asociaciones de barrio y/o de la inmigración postcolonial tienen un discurso político subversivo. Existe en efecto un foso entre, por un lado, las asociaciones de ayuda mutua social y/o religiosa, de alfabetización, de ayuda escolar, etc., que dependen estrechamente de las subvenciones municipales y, de otra parte, las asociaciones con objetivos políticos claramente proclamados, generalmente de izquierda radical, anticolonialista y antisionista. Las primeras han sido privilegiadas por los poderes públicos por su papel evidente de “desinfección” de la revuelta de las barriadas. Las segundas han sido siempre reprimidas por el gobierno francés y las alcaldías, con métodos que varían en función de los contextos políticos. Es así como el MTA -organización con centenares de miembros en Francia, cercanos a los maoístas de la Gauche Prolétarienne, fuertemente implantados en los barrios “árabes” de París y en la región marselesna, ferozmente antisionista y precursor de las luchas de la inmigración (sin papeles, residencia Sonacotra, etc.)- fue literalmente diezmado por la política represiva del ministerio del Interior del gobierno de M. Valéry Giscard d’Estaing (1974-1981). Capaz de organizar una “huelga general contra el racismo” en septiembre de 1973, el MTA era percibido como una amenaza para el orden público y sus militantes extranjeros fueron sistemáticamente acosados, expulsados del territorio o encarcelados, principalmente por su apoyo a la causa palestina y la organización de huelgas de sin papeles.

Las luchas de las residencias Sonacotra (1974-1980) tuvieron que enfrentarse a una alianza objetiva entre el gobierno francés y las representaciones de los países de origen (Argelia, Marruecos, Senegal, etc.), los sindicatos (CGT, CFDT, etc.) y la dirección de Sonacotra, para pedir una mejora de las condiciones de vida en esta institución de encuadramiento social y político, directamente heredera de la colonización francesa en Argelia. Esta alianza permitió la expulsión *manu militari* de centenares de militantes trabajadores inmigrantes.

Las movilizaciones contra los crímenes racistas y/o policiales sufrieron particularmente la represión policial, tras el asesinato de Djilali Ben Ali en la *Goutte d’Or* (París 1971), Mohammed Diab en Versalles (1972), Thomas Claudio en Vaulx-en-Verin (Rhône, 1990), Youssef Khaïf en Val Fourré (Yvelines, 1991), Abdelkader Bouziane en Dammarie-lès-Lys (Seine-et-Marne, 1997), etc. Todas estas acciones contra la impunidad racista y policial, muy poco recogidas en los medios dominantes, han sido atacadas bajo la forma de denuncia por difamación, desórdenes públicos, y generalmente bajo la forma de patrulleo de furgones de CRS o de operaciones del GIGN.

Tras el 11 de septiembre y la psicosis islamófoba, ciertas asociaciones musulmanas lionesas han conocido otra forma de represión: retirada de las subvenciones como consecuencia de una nota de los servicios de inteligencia, imposibilidad de suscribir un seguro, de encontrar un banco, etc. La represión contra todas estas dinámicas políticas ha jugado un papel predominante en la precarización de los militantes de la inmigración.

El segundo factor de despolitización es la recuperación política, y el ejemplo más significativo es el de la Marcha por la Igualdad de 1983. Como consecuencia de la hos-

pitalización de Toumi Djaïdja a causa de una bala disparada por un policía en Minguettes, una nueva asociación, *SOS Avenir Minguettes*, decidió organizar una marcha pacífica tomando como modelo las marchas de Gandhi, con el apoyo de una parte de la iglesia católica de Lyon, encarnada por el padre Christian Delorme, y las redes asociativas del Partido Socialista (PS). La reivindicación, simple y humanista, es el derecho a la vida: “*Dejad de dispararnos como a conejos*”, pedían los marchistas. Iniciada con una treintena de personas el 15 de octubre de 1983 en Marsella, la marcha desfiló en París el 3 de diciembre con más de cien mil manifestantes. Lo nunca visto en el movimiento antirracista. El movimiento suscitó una considerable dinámica política en las barriadas populares, pero rápidamente los militantes provenientes de la inmigración postcolonial, que se organizaron en “colectivos jóvenes” para acoger a la marcha, se dieron cuenta de la instrumentalización de la acción por el gobierno socialista. Comprendieron que si los lemas generales y ecuménicos son bien escuchados por la izquierda francesa, ésta se vuelve sorda cuando su poder político se pone en cuestión y cuando se plantea la cuestión palestina. El *summun* de la instrumentalización del movimiento *beur* se dio en la segunda marcha por la igualdad, Convergencia 84, que se vio sumergida por el montón de pequeñas manos amarillas con el lema: “*Touche pas à mon pote*” [No te metas con mi amigo] de SOS Racismo.

La generación de los militantes de los años 80 fue atenazada, por un lado, por las posibilidades de ascenso social y las oportunidades políticas ofrecidas por el gobierno socialista y, por otro, por la voluntad de autonomía que rechaza los compromisos con el poder establecido y por la “folklorización” de las luchas de la inmigración. Como consecuencia de las movilizaciones y los disturbios de los años 1980, los ayuntamientos de las barriadas populares comenzaron a tomar en serio las reivindicaciones de esta juventud politizada, pero en los barrios tuvo lugar un irremediable divorcio <sup>1</sup> con la izquierda.

Numerosos militantes provenientes de la inmigración postcolonial intentaron entrar en partidos políticos no gubernamentales (Verdes, Liga Comunista Revolucionaria, etc.) pero esta experiencia se convirtió rápidamente en un callejón sin salida: las contradicciones entre los discursos políticos y la práctica militante les llevaron a irse de esos partidos. Éste fue, por ejemplo, el caso de Sakina Bakha, elegida en el consejo regional de Rhône-Alpes, y que pudo constatar las prácticas xenófobas y/o paternalistas de ciertos cargos públicos autodenominados de izquierdas. Por mucho que las organizaciones de extrema izquierda deploren la ausencia, o la presencia mínima, de militantes provenientes de la inmigración postcolonial y de las barriadas en sus filas, la reciente historia política de la inmigración muestra que esas organizaciones formaban parte más del problema que de la solución de la débil politización de los barrios populares. La izquierda política y sindical ha abandonado los barrios populares y el movimiento altermundialista jamás ha puesto su pie en ellos. El asunto del velo y la ola de islamofobia que le ha seguido han contribuido a construir un consenso antibarriadas, impidiendo una real ampliación de su base militante.

<sup>1</sup>/ Masclat, Olivier. 2003. *La gauche et les cités. Enquête sur un rendez-vous manqué*, París, La Dispute.

Es en este contexto de una creciente desilusión hacia la izquierda donde nacen en los barrios populares, a fines de los años 1980, múltiples asociaciones de confesión musulmana, algunas de las cuales ocultan completamente las cuestiones políticas para consagrarse a lo cultural, mientras que otras, más infrecuentes, como la UJM en Lyon (creada en 1987), mantienen un discurso político reivindicativo. Sin embargo, si las asociaciones musulmanas están implantadas en ciertas ciudades, el movimiento de conversión al Islam es marginal, y la gran mayoría de los habitantes no está afectada por este movimiento de politización por la religión.

El tercer obstáculo a la politización es lo que se puede llamar la “escapada cultural” de los militantes salidos de la inmigración. Desde finales de los años 1970 hasta nuestros días, los “medios de la inmigración” se han multiplicado en el paisaje mediático francés. Desde las primeras radios libres (*Radio Soleil* en París, *Radio Gazelle* en Marsella) a la agencia *Im’média* dirigida por Mogniss H. Abdallah, son concebidos al comienzo como una ofensiva contra el autismo de los medios franceses sobre las cuestiones ligadas a la inmigración. Mientras que la mayor parte de esos medios, creados por militantes (del MTA, del movimiento *beur*, etc.) estaban concebidos como herramientas políticas que transmitían la contestación de los barrios populares, se observa su lenta autonomización de la esfera de lo político, para convertirse en medios “como los demás”. La contestación llevada por el hip hop, que ha sido (y sigue siendo) un vector de politización esencial en las barriadas francesas, ha conocido el mismo movimiento de esterilización política por la voluntad de ciertas radios, en particular *Skyrock*, y de casas de discos, de financiar los grupos conformes a la ideología dominante de beneficio y sexismo. El hip hop comercial calibrado dispone de medios de producción y de difusión sin comparación posible con los escasos grupos como *La Rumeur*, que han sabido conservar el espíritu contestatario de los orígenes.

### **“Clasemediación”**

El cuarto elemento explicativo de la desertificación reside en una paradoja: la conciencia política de los militantes de barrio emerge con la acumulación de capitales escolar y cultural (nivel de estudios más elevado que la media, conocimiento más fino de la sociedad francesa, etc.) que les predisponen a apartarse de los barrios populares. Las condiciones de la politización la desfavorecen al mismo tiempo. Mientras que la escuela de los años 1980 hacía más probable trayectorias de ascenso social, el deterioro de la enseñanza pública, las retiradas de las subvenciones de las asociaciones de los años 1990 y las políticas públicas antisociales contribuyen a una no renovación de la politización de una minoría de jóvenes habitantes de las barriadas populares. La precarización creciente de la sociedad francesa afecta con más vigor a los barrios populares, e incluso a los potenciales militantes. Tras un compromiso de juventud en el movimiento asociativo a menudo sinónimo de “sacrificio individual”, muchos deciden dejar la militancia a causa de la inestabilidad social del estatuto de “militante profesional” y de la ausencia de perspectivas políticas tangibles. No es pues raro encontrarlos luego en puestos como educador o similares en los consejos generales o las alcaldías, o cualquier otro oficio en el que puedan “hacer valer” su experiencia y

su conocimiento de los barrios. La mayor parte de ellos no viven ya en las barriadas deterioradas, sino en los barrios mejor equipados que las rodean.

El fenómeno de “*clasesmediación*” afecta también a los cuadros de las asociaciones musulmanas reivindicativas, a los que llaman con ironía los “*bo-bar*” (burgueses barbudos...). La política de encuadramiento social y político del culto musulmán por el gobierno francés ha hecho que ciertos militantes musulmanes se hayan apartado de las dinámicas de apertura al movimiento social emprendidas por la red del Colectivo de los Musulmanes de Francia. Aquí también, la incapacidad de una parte del movimiento altermundialista para resistir las sirenas del integrismo islamista (cristalizada por el caso Ramadán en el Foro Social Europeo de 2003 [*la participación en un seminario del teólogo islámico “aperturista” Tariq Ramadán provocó una fuerte discusión en el Foro, especialmente entre las organizaciones y participantes franceses*]) ha comprometido fuertemente la integración de esos militantes en la escena política legítima, lo que constituye un verdadero contencioso para las luchas futuras.

A la luz de los fenómenos políticos y sociales que han desestructurado el espacio político de las barriadas francesas, no es extraño que el encuadramiento político de los jóvenes habitantes de las barriadas sea casi inexistente. Los disturbios de 2005 lo demuestran ampliamente, y asistimos a una verdadera regresión política con el llamamiento a los “hermanos mayores”. Los ayuntamientos, que eliminan todas las posibilidades de compromiso en las barriadas con una política presupuestaria restrictiva, llaman a estos nuevos “bomberos étnicos” para calmar o apaciguar los espíritus. Sin embargo los disturbios han mostrado bien claramente las dificultades de los “hermanos mayores” para tener una influencia sobre los jóvenes adolescentes de las ciudades: ciertos militantes, religiosos o no, han sido incluso amenazados físicamente en los momentos más fuertes de los incendios. La ruptura intergeneracional entre los militantes surgidos de los barrios y la juventud popular no debe por tanto ser escamoteada. Ligada al juicio negativo de los más jóvenes sobre sus mayores y a la ausencia de reconocimiento en los movimientos de la inmigración, es un obstáculo fundamental para la construcción de una fuerza política en las barriadas francesas.

## **Las vías de lo político**

Esta catastrófica situación es un verdadero desafío para la izquierda radical que, consciente de sus carencias en términos de representatividad, busca “correas de transmisión” en las barriadas, pero también para el movimiento autónomo de la inmigración, en pleno cuestionamiento sobre su historia y su proyecto político. Toda nueva iniciativa política importante para colmar el vacío político en las barriadas populares sólo tendrá éxito con la condición de analizar veinte años de contenciosos entre la izquierda y las barriadas. Un análisis crítico de la historia de las luchas de la inmigración y de las barriadas es también una condición indispensable para proyectarse al futuro, pero también para evitar la reproducción de los mismos errores políticos. Las revueltas son un llamamiento a la responsabilidad histórica de los militantes de la inmigración y de las barriadas, sin quienes todo proyecto alternativo resueltamente de izquierdas es imposible.

A pesar de esta constatación abrumadora, los caminos de la politización no están cerrados. De forma inesperada, las revueltas de 2005 han sido llevadas a cabo en su mayoría por jóvenes habitantes de las barriadas sin antecedentes con la policía o la justicia, que han sentido la necesidad de expresarse violentamente contra la injusticia y la impunidad policial. Contrariamente a las mentiras deliberadas de Sarkozy (a quien los servicios de inteligencia han proporcionado todas las cifras), no se trata de una lucha contra la criminalidad en las barriadas populares. El estado de emergencia ha sido decretado para reprimir una contestación que se hacía cada vez más política, que ponía literalmente en cuestión el monopolio de violencia física del Estado. No es la República, la nación o la democracia quienes eran rechazadas, sino el Estado como institución de represión y de sujeción de los oprimidos de este país.

### **Una flecha hacia el futuro**

Sería interesante efectuar un trabajo de reconstitución de los recorridos individuales de todos los amotinados. Sería sorprendente ver que los “despolitizados”, “inadaptados”, “miserables” de los que se habla a menudo con condescendencia en la izquierda, son de hecho muy lúcidos sobre el funcionamiento de la sociedad. Uno de los lados positivos de los disturbios de 2005 habrá sido la toma de conciencia de la fuerza política de los habitantes de las barriadas y/o provenientes de la inmigración postcolonial. Como fue el caso de las revueltas de los negros de los años 1960 en Estados Unidos, el fenómeno del levantamiento se convierte en una flecha lanzada hacia el futuro. Es posible llamar la atención de la opinión pública, se puede cambiar el mundo, no estamos condenados a la inercia y a la espera del mesías, sino que podemos tomar nuestro propio destino en nuestras manos.

Desde hace algunos días, se desencadenan dinámicas políticas en los barrios populares. En Vénissieux y en Clichy-sous-Bois, comienzan a crearse espacios de discusión bajo una u otra forma. Los militantes de ayer, disgustados del compromiso político de los últimos veinte años, vuelven a un primer plano de la escena local. A pesar de la diversidad de los contextos locales, parece que se hace la misma constatación: una fuerza política importante puede existir en las barriadas populares, y podría concretarse en las elecciones municipales de 2008. Si la dinámica prende en los meses que vienen, sería necesario, para consolidarla, volver sobre la historia política de las barriadas y/o de la inmigración postcolonial (con sus éxitos y sus fracasos), tomar conciencia de los fenómenos explicativos de la desertificación política, reflexionar sobre las prácticas militantes (principalmente sobre la gestión del poder en el seno de un movimiento), y proyectarse al futuro con un proyecto político claro. Esto supone colmar las rupturas entre generaciones (transmitiendo más de veinte años de experiencias políticas), y sobre todo tomarse el tiempo necesario.

Los movimientos autónomos de la inmigración y de las barriadas han seguido demasiado tiempo calendarios políticos impuestos desde el exterior: foros sociales, asunto del velo, ataques ante la justicia, etc., han sido otros tantos acontecimientos que han desviado la atención hacia las barriadas populares. Más vale sembrar los granos de las movilizaciones futuras que empeñarse, como es el caso actualmente, ante un suelo seco y árido.

A riesgo de ser tachado de utilizar un discurso mágico, hay que subrayar que los disturbios son un acontecimiento único en la historia de Francia, y que deben constituir un electrochoque para construir una nueva generación política en las barriadas populares.

Traducción: *Alberto Nadal*

30 de noviembre de 2005

---

**Abdellali Hajjat** es diplomado del Instituto de Estudios Políticos de Lyon. Autor de *Immigration postcoloniale et mémoire* publicado en las ediciones L'Harmattan.

---

## **Los significados de la revuelta de los jóvenes de los barriadas**

Grupo “Territorios y nuevas formas de control social”  
de la Fundación Copernic

Desde hace una quincena de años, los barrios de vivienda social han sido objeto de violencias urbanas: Vaulx-en-Velin, Estrasburgo, etc. El término “violencias urbanas”, inventado por los medios de comunicación en los años 90, es una referencia central de las políticas de seguridad. Hoy, los actos de violencia inmediata, incendios de coches y de edificios públicos, han alcanzado una amplitud sin precedentes en muchos de esos barrios.

Nos proponemos en este texto analizar de forma sumaria los significados socio-políticos de estas violencias: ¿Qué sentido tienen para quienes las cometen, aunque no tengan palabras para expresarlo? ¿Cómo reflexionar, en un diálogo político, con quienes habitan en esos mismos lugares, han vivido esos incidentes y han tenido miedo? Las personas más afectadas por la precariedad y los efectos de las políticas liberales son las primeras confrontadas con estos incidentes. El diálogo con ellas es esencial para evitar derivas racistas, rechazos del otro, negación de los problemas de esta juventud que se subleva y de sus padres.

Este texto ha sido redactado por cargos públicos, profesionales, responsables de asociaciones e investigadores que están implicados con el conjunto de personas que viven en estos barrios cada vez más segregados y estigmatizados. El trabajo cotidiano muestra una cara distinta de la que ofrece la televisión: la de personas que viven y se las arreglan con sus dificultades, que inventan nuevas solidaridades, que afirman que viven aquí desde hace muchas generaciones y son, en su mayor parte, franceses.

### **1. Violencias urbanas en la revuelta de los jóvenes de las barriadas**

- 1.1. ¿Por qué las declaraciones del ministro del Interior sobre los jóvenes y los policías son tanto una provocación como un proyecto político? Al llamar a los jóvenes “chusma” y “gangrena”, amenazando con limpiar las ciudades con lejía, el